



► *Yo, el pueblo. Cómo el populismo transforma la democracia*

NADIA URBINATI, 2020

Instituto Nacional Electoral/Grano de Sal, México

Populismo y democracia. Proximidad y lejanía

ROBERTO GARCÍA JURADO

Populism and Democracy. Proximity and Distance

ROBERTO GARCÍA JURADO

Universidad Autónoma Metropolitana,

Unidad Xochimilco,

Ciudad de México, México

robgarjur@gmail.com

Desacatos 73,

septiembre-diciembre 2023, pp. 120-123

La caída del Muro de Berlín en 1989 fue un acontecimiento mundial significativo, con importantes implicaciones en todos los campos de la vida social, en especial en el de la política. Parecía señalar el triunfo indiscutible de la ideología y las instituciones democráticas, tal y como se les entendía en el mundo occidental. Además, sea entreveía la consolidación definitiva de las llamadas democracias occidentales, que habían sobrevivido a la fuerte crisis económica de los años setenta, así como a todas sus secuelas sociales y políticas de los ochenta. Del mismo modo, mostraba la cresta de la tercera ola de transiciones democráticas que ocurría en los más distintos y apartados lugares del mundo.

Sin embargo, la última década del siglo xx, y sobre todo las dos primeras del XXI, arrojan una imagen más difusa de la vida democrática en el mundo, llena de claroscuros e incertidumbres políticas, porque a pesar de considerarse suficientemente a salvo de las amenazas del nazismo, el fascismo y la dictadura, las democracias contemporáneas se han visto sacudidas por un relativamente nuevo adversario: el populismo, el cual ya se ha convertido en todo un fenómeno que

llama poderosamente la atención de políticos, periodistas y académicos.

La académica ítalo-estadounidense Nadia Urbinati, en *Yo, el pueblo. Cómo el populismo transforma la democracia*, se concentra en el análisis de este fenómeno político y de esta manera continúa el trabajo que había comenzado con *Representative Democracy: Principles and Genealogy* (2006); *Democracy Disfigured: Opinion, Truth, and People* (2014), y *The Tyranny of the Moderns* (2015).

Urbinati puntualiza que el populismo tiene su origen en el siglo XX, pero no le presta mayor atención a este origen, a su desarrollo o sus episodios relevantes posteriores, más bien dedica toda su atención al populismo contemporáneo. Por ejemplo, al concentrarse en los populismos de las últimas dos décadas, no advierte que el populismo ruso de los *narodniki* de mediados del siglo XIX, el del estadounidense *People's Party* —Partido del Pueblo—, de la misma época, o el de los países latinoamericanos de mediados del siglo XX, tiene similitudes con el contemporáneo, aunque también diferencias notorias.

De la abundante literatura disponible sobre el tema, el texto de Urbinati sobresale porque considera que el populismo es una especie de parasitosis de la democracia, una desviación o distrofia congénita de la democracia representativa. Es decir, dado que la democracia directa suprime o minimiza la brecha entre el pueblo y el gobierno, la distinción entre “pueblo espectador” y “pueblo en acción” no parece relevante en esta forma, o no se considera grave; mientras que en la democracia representativa esta separación se convierte en una brecha entre el pueblo y la elite gobernante, y en momentos específicos puede implicar una distancia abismal. Esto abre la posibilidad para que un líder, un movimiento o un partido denuncie la situación, culpe a la elite gobernante de los males existentes y aproveche la ocasión para presentarse como el verdadero representante del pueblo.

En una democracia es inevitable, y casi obligado, que cualquier aspirante a un cargo de representación popular apele al pueblo, que se ofrezca para ser su intérprete y se comprometa a velar por sus intereses. Sin embargo, los líderes o movimientos populistas tienen características específicas que los diferencian de otros participantes y protagonistas en la arena democrática. En el libro que nos ocupa, aunque Urbinati no señale de manera específica y taxonómica tales características, sí las menciona, identifica y analiza de manera consistente, de modo que vale la pena enlistarlas a continuación.

Una de estas características es el manejo de un discurso holístico contingente respecto de su relación con el pueblo. Por ejemplo, un líder populista, aunque se presente con frecuencia como representante de todo el pueblo y aluda a la totalidad de una sociedad, también se identifica como representante de sólo una parte de ésta, de aquella excluida de las posiciones de decisión económica, social o política más altas. De este modo, el populismo se relaciona con el ciudadano común, con la gente sencilla que no forma parte de las elites.

El antielitismo, entonces, es otra de las características del populismo. Desde la perspectiva del populismo, la mayor parte de los problemas sociales se deben al dominio de las elites económicas, políticas, culturales y científicas. Los populistas, en este caso, asumirían el papel de líderes que presumen encarnar o representar a la gente común, sobre todo a la que no tiene fortuna, influencia política o conocimiento especializado. Su estrategia se basa en ganar aceptación y popularidad al culpar a las elites de los males que sufre un país. Esta condena suele alcanzar a las elites culturales y científicas, a las que se reprocha su presunta asociación con las elites políticas y su lejanía respecto al pueblo.

Dicha separación entre el pueblo y las elites se hace extensiva a todos los ámbitos de la vida social, con lo cual se produce una polarización de la que el populismo obtiene una gran ventaja. La

polarización incluso alcanza a suplantar la clásica dicotomía entre izquierda y derecha, ya que el populismo se caracteriza por su borrosa identificación con una ideología ortodoxa y se permite cierto pragmatismo gubernamental y político. De esta manera, la polarización le ayuda a establecer diferencias numéricas, entre los pocos y los muchos, pero también morales, entre los buenos y los malos; los honestos y los corruptos; los incólumes y los perversos; y promueve, así, un maniqueísmo que produce un efecto propagandístico. Si bien este maniqueísmo falsea la complejidad social, simplifica la expresión de una supuesta comprensión de las relaciones y tensiones sociales, al grado de hacerlas inteligibles para cualquier individuo.

El maniqueísmo populista no sólo traslada la lucha y la disputa del terreno político e ideológico al moral, sino que reduce de manera drástica las opciones válidas o aceptables. Si la política y la *polis* se caracterizan por la pluralidad y multiplicidad de ideas y opiniones, de proyectos y alternativas, para alcanzar diferentes fines que pueden ser tan factibles y válidos como legítimos, el maniqueísmo populista los reduce sólo a dos: lo bueno y lo malo, lo errado y lo correcto. De esta forma, el pluralismo, tanto ideológico como organizativo, se convierte en uno de los principales estorbos del populismo, y en una de sus víctimas, ya que los líderes populistas usan todo su arsenal para luchar contra sus adversarios políticos, y para uniformarlos y presentarlos como un solo bloque, como un conjunto de enemigos que, malévolos, se agrupan en un solo frente. Por ello, una de las frases del repertorio de los líderes populistas es: “están conmigo o contra mí”.

Dentro del antipluralismo del populismo se destaca su antipartidismo, pues sus líderes prefieren ser identificados como un movimiento y no como un partido político. De este pretendido apartidismo, los populistas sacan ventaja, pues no sólo manifiestan su repudio a los partidos, sino a la misma política, a la que consideran una actividad

superflua e innecesaria. Si el pueblo puede actuar por sí mismo, por mediación de sus intérpretes fieles y orgánicos, la política no es necesaria. Dicho de un modo proverbial: presumen de que su política es la antipolítica. De tal suerte que, elección tras elección, los populistas obtienen enormes ventajas de esta pretendida crítica y distanciamiento frente a los partidos y la política, pues el célebre desprestigio que caracteriza a estos últimos, inherente a la propia actividad pública, les permite a aquéllos explotar el gran resentimiento social diseminado en todos los sectores populares.

El antiinstitucionalismo de la versión populista no se limita a los partidos políticos, sino que se extiende a otras instituciones de gobierno, como los tribunales, los órganos autónomos o la misma burocracia. Incluso se vuelve contra el marco legal, al que considera una transcripción de los intereses de las elites, por lo cual los gobiernos populistas emprenden con frecuencia toda una cruzada legislativa y llegan a proponer nuevas constituciones. Más aún, el antiinstitucionalismo populista alcanza también a las organizaciones de la sociedad civil, a las cuales niegan cualquier grado de autonomía auténtico, pues las consideran aditamentos, apoyos del sistema político tradicional al que combaten.

Aunque no todos los regímenes populistas obtienen resultados negativos en su gestión gubernamental, cuyo balance es más bien heterogéneo, una constante es su irresponsabilidad política, en el sentido de ofrecer promesas incumplibles, simplificar los problemas sociales, asegurar soluciones rápidas, y en su caso, culpar a sus enemigos internos o externos de los malos resultados. Más allá de la retórica de la irresponsabilidad política, el populismo también se concentra en lo que podría llamarse “cortoplacismo”, es decir, en ofrecer soluciones rápidas y absolutas, casi mágicas, a los más graves problemas sociales, sin advertir y difundir que muchos de estos problemas quizá requieran políticas de Estado integrales, de largo aliento.

Por último, una de las características del populismo contemporáneo es el caudillismo, un tipo de populismo que no sólo se destaca por la concentración del poder en una sola persona, sino también por la eliminación de mediadores, de instancias intermedias en el interior del movimiento o la estructura de poder. De este modo, el caudillo busca establecer una relación directa con el pueblo, lo que le permite presumir de una interpretación y una representación auténticas, y de la eliminación o el debilitamiento de los competidores políticos potenciales en su entorno inmediato.

Como se ha dicho ya, en el enfoque de Urbinati se destaca la perspectiva de que el populismo está íntimamente asociado a la dinámica de la democracia representativa, al grado de considerarlo casi un mal congénito. La democracia representativa se asienta en la premisa de que si bien no se puede gobernar *por* el pueblo, sí se puede y se debe gobernar *para* el pueblo, algo que no siempre se corresponde con las acciones del gobierno, y menos aún con sus logros y conquistas, lo que aprovechan de manera sistemática los opositores al tratar de desplazar a la administración en turno, incluidos los propios populistas. Sin embargo, el populismo no sólo busca valerse de los mecanismos institucionales de la democracia representativa para presentarse como un participante más en la escena política, sino que intenta desplazar a todos los demás participantes y desarticular el sistema democrático. Al presentarse como el único protagonista de la escena, también lo hace como el único que conoce y satisface las necesidades y

deseos públicos. En esta medida puede decirse que el populismo practica una política antisistémica.

De este modo, a pesar de que Urbinati considera que el populismo es un subproducto de la democracia representativa, y en ocasiones puede implicar un factor de inestabilidad, no le concede todo el grado de peligrosidad y letalidad que tiene realmente. En el mundo contemporáneo hay varios casos de transición hacia un gobierno autoritario que han comenzado por el ascenso de un líder populista al poder. Un amplio panorama de este tipo de procesos fue brindado hace poco por Steven Levitsky y Daniel Ziblatt (2019) en *Cómo mueren las democracias*. En nuestra región, gobiernos autoritarios como el de Hugo Chávez en Venezuela o Nayib Bukele en El Salvador han mostrado cómo un líder populista se transforma en un gobernante autoritario.

En este mismo tenor, Urbinati desestima el concepto de democracia iliberal, porque considera que es redundante, ya que la democracia, por definición, no puede ser más que liberal. Un planteamiento de este tipo se aparta de la tradición liberal más arraigada, representada por Alexis de Tocqueville (2019) y John Stuart Mill (2013), quienes admitieron y advirtieron sobre los peligros de una tiranía de la mayoría, de un gobierno democrático que no fuera liberal. Sin entrar en un debate con los clásicos, nada puede ser más revelador e inquietante que ver que muchos de los regímenes populistas que ostentan el poder en el presente ejercen un gobierno que condiciona y limita algunas de las libertades políticas básicas, como la de pensamiento y opinión. **D**

Bibliografía

- Levitsky, Steven y Daniel Ziblatt, 2019, *Cómo mueren las democracias*. México, Ariel.
- Mill, John Stuart, 2013, *Sobre la libertad*, Alianza, Madrid.
- Urbinati, Nadia, 2006, *Representative Democracy: Principles and Genealogy*, University of Chicago Press, Chicago.
- . 2014, *Democracy Disfigured: Opinion, Truth, and People*, Harvard University Press, Massachusetts.
- . 2015, *The Tyranny of the Moderns*, Yale University Press, New Heaven.
- Tocqueville, Alexis de, 2019, *La democracia en América*, Fondo de Cultura Económica, México.